

textos cine

Crónica de la voluntad y la derrota, (*Half Nelson*, Ryan Fleck, 2007)
Ignacio Castro Rey, O Picón, 18 de julio de 2007.

Sin estridencias, con esa mezcla de piedad y dureza que sólo encontramos en las mejores obras, *Half Nelson* desgrana una desdicha a cámara lenta, una disección del tedio y la soledad en medio de nuestro holocausto diario de los ideales. Todo ello sazonado con cierto sentido del humor, con una tenue sonrisa que relampaguea aquí y allá. Aunque los turistas crean algo distinto, Nueva York es aquí como cualquier otro sitio. El miedo y la frustración abundan, son incluso la norma. Tras la opulencia del cristal y el acero, los derroteros del infortunio, la vieja zozobra de carne y hueso.

En la terminología de lucha libre "Half-Nelson" es una llave que inmoviliza al adversario y de la que es imposible salir. A pesar de ser un profesor brillante, Dan Dunne no deja de estar refugiado en la marginalidad de un instituto neoyorquino, sin atreverse a salir al pulmón abierto de la sociedad. Lo que le encierra es ambicionar toda la emoción, la intensidad, la libertad del mundo aquí y ahora. Mientras explica una lección imposible a unos pobres chicos que le siguen con simpatía y admiración, pero que apenas podrán realizar nada. Sin embargo, Drey y él están unidos porque no se limitan a sobrevivir, a ver pasar la vida, a pesar de estar un poco asustados ante lo que les rodea.

El profesor blanco, la joven alumna negra. ¿Dónde se encuentran Dan y Drey, cuál es la clave de su mutuo respeto y reconocimiento? Digamos que ella ha madurado prematuramente empujada por el desastre familiar, la ruina de su raza y el peligro de las calles. Por el contrario, él no puede crecer, lo que significaría corromperse en un mundo que no entiende, y se refugia en los jóvenes, en la discreta revolución diaria de su escuela, en las mujeres que le quieren, en la droga y sus senderos nocturnos. Como ha ocurrido otras veces, la droga le retiene en la inocencia, prolonga su infancia.

Dan Dunne es un joven profesor de un instituto de Brooklyn cuyos ideales chocan con la cruda realidad de este mundo disgregado, hipócrita, compartimentado en las normas. A pesar de una desilusión amenazante, día tras día encuentra el modo de rehacerse con sus jóvenes alumnos y alentarlos a que analicen sus vidas, la situación social, la historia, la política. Ellos le impiden degenerar del todo, le devuelven algo de la vida. Su método es una peculiar y apasionada mezcla de dialéctica y análisis actual de las oposiciones. Diríase que su honestidad comienza por reconocer el lugar clave del otro, de lo otro, manteniendo una visión viva de la historia que abre siempre una ventana al cambio. En el deporte y en clase, Dunne anima a sus alumnos a pensar por sí mismos, mientras admira a los líderes de la rebelión de los años 60, Malcolm X o el Ché Guevara. "¿Eres comunista?", le pregunta una de sus inestables amantes. No, no lo es, es demasiado moderno y abierto para eso. Lo que Dan quiere es conservar la importancia de la palabra y las ideas, el coraje de cierto humanismo en medio de nuestra máquina infernal. Es esto a lo que está enganchado y es esto lo que le da vida y le mata lentamente, dificultándole la existencia. No puede soportar el conformismo que le rodea, la uniformidad silenciosa, la obediencia, que la vida no se juegue la vida al minuto.

Dan odia el poder del automatismo que aplasta lo diferente, los derechos de cada existencia. Trata, a cualquier precio, de poner obstáculos en los dientes de la máquina, aunque sea con el propio cuerpo. ¿Qué es la máquina? Las prisiones, desde luego. Pero también el sistema educativo, donde yo y vosotros, que de vez en cuando venís a clase, chapoteamos para hacer algo propio. Nuestro hombre quiere mantener al menos la llama de la intensidad, de una pequeña revolución, en el mundo que abarca. Y esto para desesperación de la directora negra, que se limita a aplicar el programa de Derechos Civiles. Lo que impresiona en Dan es que podría tenerlo todo -guapo, brillante, joven, de buena familia- y sin embargo no abandona sus ideales, una ambición que le complica continuamente la vida. El instituto de Brooklyn en el que da clase es la pequeña Calcuta en la que ensaya día a día cómo invertir la degradación y la miseria, cómo mantener la creencia en una humanidad que sólo tiene sus manos vacías.

La pobreza de ese destaralado barrio donde imparte historia no deja de ser una metáfora de su propia pobreza, que él también lucha por invertir.

La pasión por la historia es tal vez la otra cara de un continuo desencuentro con la vida. Su antigua novia Rachel está un poco más gorda, pero ha dejado la droga y se casa próximamente. Él no consiguen salir del círculo. Su novela, que cada día le avergüenza más como tema público, es la expresión de una vida atascada. Dan es demasiado honesto, demasiado sentimental, de ahí que le cueste cerrar las historias. Todo en él queda inconcluso, como la relación con Raquel, con Isabel, con su propia familia, con su pasado. La otra cara de esta incapacidad para avanzar es el diálogo perpetuo. Dan no sólo se atreve a hablar con el delincuente Frank, sino que un constante diálogo trenza toda su épica compartida, como si aún fuera posible recuperarse de la desilusión, de la parálisis, de la derrota.

Nuestro héroe está atrapado también por su falta de sectarismo ideológico, por la importancia en él del afecto. Si se descuida, adopta todos los gatos, se hace amigo de los delincuentes, pierde el tiempo con los alumnos descarriados, con todas sus antiguas amantes. En el amor es igual que en clase, irónico, provocador, orgulloso, desarmado, atónito ante la deriva incomprensible de las cosas. Tiene éxito con las mujeres, pero al final siempre se queda solo, a solas con su moralismo taciturno. Entonces el director pasea su cámara por la vacía habitación, desordenada y en penumbra, y la impresión de tristeza es total. La gente piensa que en Nueva York es distinto, pero Dan ha de buscar en la sordidez nocturna y en el crack un leve alivio a la desesperanza, al pragmatismo feroz y a la normalización que personifica muy bien esa fiesta familiar con sus padres, antiguos personajes de los sesenta, donde la nostalgia de tiempos pasados y las canciones horteras del presente se convierten para él en la peor pesadilla. En realidad, aunque también le avergüenzan, Dan siente envidia de sus padres: "Al menos parasteis una guerra", les dice recordando Vietnam.

Francamente, Dan no mantiene muy bien las distancias, el cristal de la hipocresía social. Pero un incidente de drogadicción en los baños del instituto, en un momento en que éste está desierto, acaba con uno de sus pocos secretos y establece una anómala complicidad entre él y Drey, una joven alumna que hasta ese momento no participaba en nada. Él es su profe y está en el mundo de los adultos. Ella sabe ahora su debilidad íntima, uno de sus secretos. Pero ni uno ni otra abusan de sus privilegios y entre ellos crece poco a poco el afecto y la empatía. "¿No es inapropiada la relación con ese tipo? ¡Es tu profesor!", le recuerda el delincuente Frank, que quiere implicarla en la calle, pero que tiene aún un átomo de cordura. "Es mi amigo", contesta ella. "Ese cabrón fuma crack. Alguien que está enganchado al crack no tiene amigos". Pero Frank no entiende. El mundo es de tal calibre que lo peor que hay en él no es la droga, aunque te pueda matar. También la indiferencia mata, lentamente. Y lo que comúnmente se llama "adaptación". En este punto, Dan es de fiar y vive en un mundo aparte. "¡He venido a hacer algo que no me gusta! ¡Tengo que hacer algo por Drey! ¿Lo entiendes?". El camello Frank se conmueve ante esta declaración de honesta impotencia y le invita a tomar algo en su casa. De paso, Dan coge el primer gato que encuentra. "¡Deja esa mierda -le dice Frank- no entres con eso en mi casa!". Dunne es de una humanidad que le hace inútil para este mundo lanzado. El mismo Frank, negro y delincuente, está mucho más integrado que él en nuestra pragmática diaria.

Los cristales de crack que y los cristales de las vidas rotas. Él se traga todo, lo fuma todo, lo afronta todo. Este heroísmo silencioso es lo que despierta a Drey de su indolencia, lo que la mantendrá enganchada. La droga seda los ideales que mueren y la impotencia de verse reducido a una sombra. Dan no consigue dejar la droga porque le faltan estímulos para vivir este presente al desnudo, sin doblez. Como si el crack le ayudase a guardar distancias con una realidad que le parece insufrible. Digamos que su humanidad, que sus alumnos adoran, consiste en ser drogodependiente para no ser sociodependiente, como lo son los otros profesores, sus colegas nocturnos, su familia.

De la directora al mafioso, todos tienen su lugar. Salvo Drey y Dan, que sostienen la atención flotante y el sentido del humor de los que aún no han llegado a ningún sitio y siguen buscando. Aquellos cuya tarea es ser fieles al margen donde chapotean nuestros corazones, la de permanecer en el margen sin ser marginales.

Su padre ni aparece, la madre trabaja todo el día, el hermano está en la cárcel, el cómplice del hermano -Frank- la quiere implicar en el tráfico de estupefacientes. En medio de todo esto, ¿cómo es Drey? Un poco triste, pero orgullosa, fuerte, armada de una silenciosa limpieza. Después de que ha recuperado su bici de manos de un grandullón que se la ha robado, el matón Frank le pregunta: "¿Por qué no le pegaste?". Ella responde: "No era necesario". "¡Esta es mi chica!", grita el delincuente lleno de admiración y alborozo.

Esos ángulos desolados de la habitación de Dan cuando está vacía, cuando él se estrella y entra en sus espirales de autodestrucción. *Half Nelson* está teñida por el sabor agridulce de los sueños rotos y el coraje de los que no se rinden en la batalla de inventar un cielo, aunque sea un poco sucio e intermitente. La película es dura, pero hay en ella una especie de dulzura, de humanismo. Al final, con los dos sentados en la cama de Dan, parece repetirse la llave de bloqueo, un nuevo "Half-Nelson". Pero no. Quizá escuchando las palabras de su sabio hermano encarcelado, Drey parece tomar la decisión de obedecer lo mejor de Dan y abandonar el silencio, la indiferencia, la vía convencional de la corrupción en el barrio. Gradualmente, Drey ha dejado atrás la hermética distancia frente al mundo que se hunde mientras ella chupaba caramelos.